

# L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA*Unicuique suum Non praevalent*

Año L, número 27 (2.574)

Ciudad del Vaticano

6 de julio de 2018

## Consistorio ordinario público

Catorce nuevos cardenales



Vitalidad  
y apertura

Una vez más la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo fue el marco solemne y cargado de significado de un consistorio para la creación de nuevos cardenales. El quinto de un pontificado que con cadencia anual está ampliando como nunca antes a todos los continentes la representación en este singular colegio, que el Papa Francisco quiere realmente «universal» (en griego *katholikós*) y sobre todo comprometido con la proximidad a las mujeres y a los hombres de nuestro tiempo. Imitando de este modo al Señor que, como dijo Bergoglio, «cuida de su pueblo con una pedagogía incomparable».

Esta atención a la humanidad de hoy es también la clave de la ampliación, decidida por el Pontífice, de la orden de los cardenales obispos, que aumentan así como en el último medio siglo han aumentado los cardenales presbíteros y los cardenales diáconos. En la primera de las tres órdenes del colegio entraron así otros cuatro estrechos colaboradores suyos implicados de modo directo en el proceso de selección de los eclesiásticos que el Papa llama a guiar las Iglesias locales: el secretario de Estado y los prefectos de las Congregaciones para las Iglesias orientales, para los obispos y para la evangelización de los pueblos.

Al explicar en el consistorio un pasaje del Evangelio, Francisco llamó la atención sobre «preguntas y deseos no siempre transparentes en el corazón humano» y sobre la auto-referencialidad que en la Iglesia vuelve estériles «el corazón y la misión». Frente a este peligro el Papa recordó las palabras de Jesús «entre vosotros no es así» explicándolas como «voz del Señor que salva a la comunidad de mirar demasiado a sí misma en vez de dirigir la mirada, los recursos, las expectativas y el corazón a aquello que cuenta: la misión». La clave misionera es, de hecho, la preocupación principal de Bergoglio: «La conversión de nuestros pecados, de nuestros egoísmos no es ni será nunca un fin en sí misma, sino que apunta principalmente a crecer en fidelidad y disponibilidad para abrazar la misión». Por este mismo motivo «la autoridad en la Iglesia crece en esa capacidad de dignificar, de ungir al otro, para sanar sus heridas y su esperanza tantas

SIGUE EN LA PÁGINA 5

El  
Señor  
cuida  
de su  
pueblo

# La semana del Papa

## Gracia de Dios



*Las gracias de Dios se reciben para compartirlas con los demás*

(@pontifex\_es, 3 de julio, 13:30)

## Las contrariedades



*Permaneciendo firmes en Dios, que nos ama y nos sostiene, es posible afrontar todas las contrariedades y las vicisitudes de la vida*

(@pontifex\_es, 30 de junio, 13:30)

## Las pobreza



*Cualquier pobreza material y espiritual, cualquier discriminación de hermanos y hermanas es siempre consecuencia del rechazo a Dios y a su amor*

(@pontifex\_es, 29 de junio, 13:30)

## Nuevos cardenales



*Recemos por los nuevos cardenales, para que me ayuden en mi ministerio de Obispo de Roma por el bien de todo el Pueblo de Dios*

(@pontifex\_es, 28 de junio, 13:30)

### Valores del deporte

Los miembros de la Federación Italiana de Natación fueron recibidos por el Papa Francisco el 28 de junio, en la Sala Clementina del Palacio Apostólico.

En el discurso que el Pontífice dirigió a los presentes, aseguró que durante los días de la competición deportiva «Sette Colli» ofrecen un testimonio de disciplina, de sano espíritu deportivo y de trabajo de equipo. Del mismo modo aseguró que ellos muestran a qué metas se puede llegar a través del cansancio del entrenamiento, que «conlleva un gran compromiso y también renunciaciones».

Todo esto —precisó— constituye una lección de vida sobre todo para vuestros coetáneos.

Asimismo, el Papa indicó que la natación, como toda actividad deportiva, si se practica con lealtad, «se convierte en ocasión de formación en los valores humanos y sociales», para fortalecer junto con el cuerpo también «el carácter y la voluntad» y para «aprender a conocerse» y a «aceptarse entre compañeros».

Respecto al trabajo en equipo, Francisco quiso subrayar que aunque la natación sea un deporte principalmente individual, practicarlo en una sociedad deportiva o incluso a nivel nacional «se convierte en una experiencia de equipo, en la que cuentan mucho la colaboración y la ayuda recíproca».

Puso como ejemplo la natación sincronizada, una «exaltación del trabajo en equipo»: es «todo armonía y la excelencia se alcanza cuando los atletas se mueven de tal modo para formar un único movimiento».

A propósito quiso recordar a Noemí, una compañera de los presentes, fallecida en Roma hace unos días. Y aseguró su oración por ella y por su familia.

Para concluir, el Pontífice invitó a los presentes a ser un buen ejemplo que pueda ayudar sus coetáneos a «construir su futuro». El lenguaje del deporte —afirmó— es universal y alcanza fácilmente a las nuevas generaciones. Por esta razón les animó a «transmitir mensajes positivos a través de vuestra actividad, con-

tribuyendo así también a mejorar la sociedad en la que vivimos».

### Audiencia al presidente de Bolivia

En la mañana del sábado 30 de junio de 2018, el Papa Francisco recibió en audiencia, en el Palacio Apostólico Vaticano, al presidente del Estado Plurinacional de Bolivia, Juan Evo Morales Ayma, el cual, a continuación, se reunió con monseñor Paul Richard Gallagher, secretario para las Relaciones con los Estados.

En el curso de las cordiales conversaciones se pusieron de manifiesto las posiciones relativas entre la Santa Sede y Bolivia, haciendo especial referencia a la actualización de los acuerdos bilaterales, y tuvo lugar un intercambio de pareceres sobre la situación regional.

### A la familia de la Preciosísima Sangre

Francisco recibió en audiencia en el Vaticano, en el Aula pablo vi, el sábado 30 de junio, a los participantes de un encuentro promovido por la Familia de la Preciosísima Sangre y les recordó que la Sangre de Cristo nos conduce hacia los marginados.

«La meditación del misterio de la Sangre de Cristo derramado en la cruz por nuestra redención nos empuja, en particular, hacia cuantos podrían ser curados de sus sufrimientos morales y físicos y en cambio son abandonados al margen de una sociedad de consumo y de infidencia», dijo el Pontífice. En su discurso, el Papa recordó que el mes de julio la piedad cristiana se dirige de manera especial a la Sangre de Cristo y señaló que desde los orígenes del cristianismo su misterio ha fascinado a muchas personas.

También sugirió a los presentes tres aspectos que pueden ayudarlos en su actividad y su testimonio. Uno es el valor de la verdad, porque es importante «construir comunidades valientes que no tengan miedo de ponerse de pie para afirmar los valores del Evangelio y la verdad sobre el mundo y el hombre».

El segundo aspecto es la atención a todos, especialmente a los alejados, puesto que «los destinatarios del amor y la bondad de Dios son todos». Y al respecto les recomendó: «esforzaos por ser imagen de una Iglesia que camina por la calle, entre la gente, incluso arriesgándose en primera persona, compartiendo las alegrías y las fatigas de cuantos encontráis».

Y el tercer punto que sugirió el Papa es la capacidad de fascinar y comunicar, ya que «el Evangelio y el Espíritu Santo suscitan palabras y gestos que hacen arder los corazones y les ayudan a abrirse a Dios y al prójimo».

Antes de terminar su discurso, el Papa Francisco les recordó que la verdadera fuerza del testimonio cristiano deriva del mismo Evangelio. «Y es aquí donde emerge la centralidad de la Sangre de Cristo y de su espiritualidad».

Se trata de confiar en la sobreabundancia de amor expresada en la Sangre del Señor, sobreabundancia que han puesto a la luz los Padres de la Iglesia y los grandes santos y místicos de la historia cristiana».

### Los sacerdotes en su misión pastoral

Para que los sacerdotes que viven con fatiga y en la soledad el trabajo pastoral se sientan ayudados y confortados por la amistad con el Señor y con los hermanos. Esta es la intención de oración de Francisco para el mes de julio. En el vídeo del Papa, difundido como cada mes por la Red mundial de Oración del Papa, el Pontífice indica que piensa a menudo en el cansancio de los sacerdotes.

«Los sacerdotes, con sus virtudes, con sus defectos, desarrollan su labor en tantos campos», asegura Francisco.

Asimismo señala que «ante tantos frentes abiertos no se pueden quedar parados después de una desilusión».

En esos momentos —prosigue— es bueno que recuerden que la gente quiere a sus pastores, los necesita, confía en ellos.

Finalmente invita a rezar «juntos para que los sacerdotes que viven con fatiga y en la soledad el trabajo pastoral se sientan ayudados y confortados por la amistad con el Señor y con los hermanos».

«El próximo sábado iré a Bari, junto con muchos jefes de Iglesias y comunidades cristianas de Oriente Medio» para rezar y reflexionar «sobre la situación siempre dramática de esa región»: lo recordó el Pontífice en el Ángelus del 1 de julio, pidiendo a los veinte mil fieles presentes en la plaza San Pedro que «acompañen con la oración esta peregrinación de paz y de unidad». Anteriormente, el Pontífice había comentado el Evangelio del domingo en el que Marcos (5, 21-43) presenta dos milagros de Jesús.



Después del Ángelus el Papa habla de la jornada de oración por Oriente Medio en Bari

## Peregrinación de paz y unidad

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (cf. *Marcos* 5, 21-43) presenta dos prodigios hechos por Jesús, describiéndolos casi como una especie de marcha triunfal hacia la vida.

Primero el Evangelista narra acerca de un cierto Jairo, uno de los jefes de la Sinagoga, que va donde Jesús y le suplica ir a su casa porque la hija de doce años se está muriendo. Jesús acepta y va con él; pero, de camino, llega la noticia de que la chica ha muerto. Podemos imaginar la reacción de aquel padre. Pero Jesús le dice: «No temas. Solamente ten fe» (v. 36). Llegados a casa de Jairo, Jesús hace salir a la gente que lloraba —había también mujeres dolientes que gritaban fuerte— y entra en la habitación solo con los padres y los tres discípulos y dirigiéndose a la difunta dice: «Muchacha, a ti te digo, levántate» (v. 41). E inmediatamente la chica se levanta, como despertándose de un sueño profundo (cf. v. 42).

Dentro del relato de este milagro, Marcos incluye otro: la curación de una mujer que sufría de hemorragias y se cura en cuanto toca el manto de Jesús (cf. v. 27). Aquí impresiona el hecho de que la fe de esta mujer atrae —a mí me entran ganas de decir «roba»— el poder divino de salvación que hay en Cristo, el que, sintiendo que una fuerza «había salido de Él», intenta entender qué ha pasado. Y cuando la mujer, con mucha vergüenza, se acercó y confesó todo, Él le dice: «Hija, tu fe te ha salvado» (v. 34). Se trata de dos relatos entrelazados, con un único centro: la fe, y muestran a Jesús como fuente de vida, como Aquél que vuelve a dar la vida a quien confía plenamente en Él. Los dos protagonistas, es decir, el padre de la muchacha y la mujer enferma, no son discípulos de Jesús y sin embargo son escuchados por su fe. Tienen fe en aquel hombre. De esto comprendemos que en el camino del Señor están admitidos todos: ninguno debe sentirse un intruso o uno que no tiene derecho. Para tener acceso a su corazón, al corazón de Jesús hay un solo requisito: sentirse necesitado de curación y confiarse a Él. Yo os pregunto: ¿Cada uno de vosotros se siente necesitado de curación? ¿De cualquier cosa, de cualquier pecado, de cualquier problema? Y, si siente esto, ¿tiene fe en Jesús? Son dos los requisitos para ser sanados, para tener acceso a su corazón: sentirse necesitados de curación y confiarse a Él. Jesús va a descubrir a estas personas en-

tre la muchedumbre y les saca del anonimato, los libera del miedo de vivir y de atreverse. Lo hace con una mirada y con una palabra que los pone de nuevo en camino después de tantos sufrimientos y humillaciones. También nosotros estamos llamados a aprender y a imitar estas palabras que liberan y a estas miradas que restituyen, a quien está privado, las ganas de vivir.

En esta página del Evangelio se entrelazan los temas de la fe y de la vida nueva que Jesús ha venido a ofrecer a todos. Entrando en la casa donde la muchacha yace muerta, Él echa a aquellos que se agitan y se lamentan (cf. v. 40) y dice: «La niña no ha muerto; está dormida» (v. 39). Jesús es el Señor y delante de Él la muerte física es como un sueño: no hay motivo para desesperarse. Otra es la muerte de la que tener miedo: la del corazón endurecido por el mal. ¡De esa sí que tenemos que tener miedo! Cuando sentimos que tenemos el corazón endurecido, el corazón que se endurece y, me permito la palabra, el corazón momificado, tenemos que sentir miedo de esto. Esta es la muerte del corazón. Pero incluso el pecado, incluso el corazón momificado, para Jesús nunca es la última palabra, porque Él nos ha traído la infinita misericordia del Padre. E incluso si hemos caído, su voz tierna y fuerte nos alcanza: «Yo te digo: ¡Levántate!». Es hermoso sentir aquella palabra de Jesús dirigida a cada uno de nosotros: «yo te digo: Levántate. Ve. ¡Levántate, valor, levántate!». Y Jesús vuelve a dar la vida a la muchacha y vuelve a dar la vida a la mujer sanada: vida y fe a las dos.

Pidamos a la Virgen María que acompañe nuestro camino de fe y de amor concreto, especialmente hacia quien está en necesidad. E invoquemos su maternal intercesión para nuestros hermanos que sufren en el cuerpo y en el espíritu.

*Al finalizar la oración mariana, el Pontífice lanzó llamamientos por Nicaragua, Siria y el Cuerno de África, recordó a los jóvenes futbolistas desaparecidos en Tailandia —que fueron encontrados con vida y en buenas condiciones algunos días después— y, tras de hablar de la visita a Bari, saludó a los grupos presentes.*

Queridos hermanos y hermanas:

Renovando mi oración por el amado pueblo de Nicaragua, desearía unirme a los esfuerzos que están realizando los obispos de

este país y tantas personas de buena voluntad, en su rol de mediación y testimonio para el proceso de diálogo nacional en curso en el camino a la democracia.

La situación en Siria sigue siendo grave, especialmente en la provincia de Daraa, donde las acciones militares en los últimos días también han afectado a escuelas y hospitales, y han causado miles de nuevos refugiados. Renuevo, junto con la oración, mi llamamiento para que a la población, ya duramente extenuada durante años, se le ahorre más sufrimiento.

En medio de tantos conflictos, es necesario señalar una iniciativa que puede definirse como histórica, y también podemos decir que es una buena noticia: en estos días, después de veinte años, los gobiernos de Etiopía y Eritrea han vuelto a hablar sobre la paz juntos. Que este encuentro pueda encender una luz de esperanza para estos dos países del Cuerno de África y para todo el continente africano.

Aseguro mi oración también para los jóvenes desaparecidos desde hace más de una semana en una cueva subterránea en Tailandia. El próximo sábado iré a Bari, junto con muchos jefes de Iglesias y comunidades cristianas de Oriente Medio. Viviremos una jornada de oración y reflexión sobre la situación siempre dramática de esa región, donde tantos de nuestros hermanos y hermanas en la fe continúan sufriendo, e imploraremos una sola voz: «La paz contigo» (*Salmo* 122, 8). Les pido a todos que acompañen con la oración esta peregrinación de paz y de unidad.

Dirijo mi saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos. Saludo en particular a los fieles procedentes de Portugal y a los sacerdotes del Instituto *Sacerdos* del Pontificio Ateneo *Regina Apostolorum*; así como a las Hermanas Franciscanas de Penitencia y Caridad Cristiana de Polonia, y los fieles de Irak.

Saludo a los grupos y asociaciones parroquiales; a las Hermanas Misioneras de Nuestra Señora de los Apóstoles, al grupo de jóvenes de la unidad pastoral de Gallio, a la diócesis de Padua, a los jóvenes demócratas de la parroquia *Maria Himmelfahrt* en Schattdorf y a la familia espiritual de la Preciosísima Sangre de Cristo, a quienes está especialmente dedicado el mes de julio.

Os deseo a todos un buen domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

En la misa con los nuevos cardenales el Papa entrega el palio a veintiocho arzobispos metropolitanos

## Gloria y cruz no se pueden separar

*Llevar el amor y la misericordia de Dios «a todos los rincones de la vida para alcanzar a todos», incluso a costa del «martirio»: es esta la misión indicada por el Papa a los catorce nuevos purpurados creados en el consistorio del 28 de junio. Con ellos, en la mañana de la solemnidad de los santos Pedro y Pablo, el Pontífice celebró en la plaza San Pedro la misa, durante la cual entregó el palio a veintiocho arzobispos metropolitanos.*

Las lecturas proclamadas nos permiten tomar contacto con la tradición apostólica más rica, esa que «no es una transmisión de cosas muertas o palabras sino el río vivo que se remonta a los orígenes, el río en el que los orígenes están siempre presentes» (Benedicto XVI, Catequesis, 26 abril 2006) y nos ofrecen las llaves del Reino de los cielos (cf. *Mt* 16, 19). Tradición perenne y siempre nueva que reaviva y refresca la alegría del Evangelio, y nos permite así poder confesar con nuestros labios y con nuestro corazón: «Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre» (*Flp* 2, 11).

unge al enfermo (cf. *Mc* 6, 13; *St* 5, 14), unge las heridas (cf. *Lc* 10, 34), unge al penitente (cf. *Mt* 6, 17), unge la esperanza (cf. *Lc* 7, 38; 7, 46; 10, 34; *Jn* 11, 2; 12, 3). En esa unción, cada pecador, perdedor, enfermo, pagano —allí donde se encontraba— pudo sentirse miembro amado de la familia de Dios. Con sus gestos, Jesús les decía de modo personal: tú me perteneces. Como Pedro, también nosotros podemos confesar con nuestros labios y con nuestro corazón no solo lo que hemos oído, sino también la realidad tangible de nuestras vidas: hemos sido resucitados, curados, reformados, esperanzados por la unción del Santo. Todo

«buen nombre», las comodidades, la posición... el martirio.

Ante este anuncio tan inesperado, Pedro reacciona: «¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte» (*Mt* 16, 22), y se transforma inmediatamente en piedra de tropiezo en el camino del Mesías; y creyendo defender los derechos de Dios, sin darse cuenta se transforma en su enemigo (lo llama «Satanás»). Contemplar la vida de Pedro y su confesión, es también aprender a conocer las tentaciones que acompañarán la vida del discípulo. Como Pedro, como Iglesia, estaremos siempre tentados por esos «secreteos» del maligno que serán piedra de tropiezo para la misión. Y digo «secreteos» porque el demonio seduce a escondidas, procurando que no se conozca su intención, «se comporta como vano enamorado en querer mantenerse en secreto y no ser descubierto» (S. Ig-

identificar los «secreteos» del maligno. Aprender a discernir y descubrir esos cobertizos personales o comunitarios que nos mantienen a distancia del nudo de la tormenta humana; que nos impiden entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y nos privan, en definitiva, de conocer la fuerza revolucionaria de la ternura de Dios (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 270).

Al no separar la gloria de la cruz, Jesús quiere rescatar a sus discípulos, a su Iglesia, de triunfalismos vacíos: vacíos de amor, vacíos de servicio, vacíos de compasión, vacíos de pueblo. La quiere rescatar de una imaginación sin límites que no sabe poner raíces en la vida del Pueblo fiel o, lo que sería peor, cree que el servicio a su Señor le pide desembarazarse de los caminos polvorientos de la historia. Contemplar y seguir a Cristo exige dejar que el corazón se abra al Padre y a todos aquellos con



Todo el Evangelio busca responder a la pregunta que anidaba en el corazón del Pueblo de Israel y que tampoco hoy deja de estar en tantos rostros sedientos de vida: «¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?» (*Mt* 11, 3). Pregunta que Jesús retoma y hace a sus discípulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (*Mt* 16, 15).

Pedro, tomando la palabra en Cesarea de Filipo, le otorga a Jesús el título más grande con el que podía llamarlo: «Tú eres el Mesías» (*Mt* 16, 16), es decir, el Ungido de Dios. Me gusta saber que fue el Padre quien inspiró esta respuesta a Pedro, que veía cómo Jesús ungía a su Pueblo. Jesús, el Ungido, que de poblado en poblado, camina con el único deseo de salvar y levantar lo que se consideraba perdido: «unge» al muerto (cf. *Mc* 5, 41-42; *Lc* 7, 14-15),

yugo de esclavitud es destruido a causa de su unción (cf. *Is* 10, 27). No nos es lícito perder la alegría y la memoria de sabernos rescatados, esa alegría que nos lleva a confesar «tú eres el Hijo de Dios vivo» (*Mt* 16, 16).

Y es interesante, luego, prestar atención a la secuencia de este pasaje del Evangelio en que Pedro confiesa la fe: «Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día» (*Mt* 16, 21). El Ungido de Dios lleva el amor y la misericordia del Padre hasta sus últimas consecuencias. Tal amor misericordioso supone ir a todos los rincones de la vida para alcanzar a todos, aunque eso le costase el

nacimiento de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, n. 326).

En cambio, participar de la unción de Cristo es participar de su gloria, que es su Cruz: Padre, glorifica a tu Hijo... «Padre, glorifica tu nombre» (*Jn* 12, 28). Gloria y cruz en Jesucristo van de la mano y no pueden separarse; porque cuando se abandona la cruz, aunque nos introduzcamos en el esplendor deslumbrante de la gloria, nos engañaremos, ya que eso no será la gloria de Dios, sino la mofa del «adversario».

No son pocas las veces que sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Jesús toca la miseria humana, invitándonos a estar con él y a tocar la carne sufriende de los demás. Confesar la fe con nuestros labios y con nuestro corazón exige —como le exigió a Pedro—

los que él mismo se quiso identificar (Cf. S. Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 49), y esto con la certeza de saber que no abandona a su pueblo.

Queridos hermanos, sigue latiendo en millones de rostros la pregunta: «¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?» (*Mt* 11, 3). Confesemos con nuestros labios y con nuestro corazón: «Jesucristo es Señor» (*Flp* 2, 11).

Este es nuestro *cantus firmus* que todos los días estamos invitados a entonar. Con la sencillez, la certeza y la alegría de saber que «la Iglesia resplandece no con luz propia, sino con la de Cristo. Recibe su esplendor del Sol de justicia, para poder decir luego: «Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (*Ga* 2, 20)» (S. Ambrosio, *Hexameron*, IV, 8, 32).

Con la concelebración de los santos Pedro y Pablo la Iglesia «va a las raíces de su fe». Lo dijo el Papa en el Ángelus recitado a medio día del 29 de junio, al finalizar la misa en la plaza San Pedro.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy la Iglesia, peregrina a Roma y en el mundo entero, va a las raíces de su fe y celebra los apóstoles Pedro y Pablo. Sus restos mortales, custodiados en las dos Basílicas dedicadas a ellos, son muy queridos por los romanos y los numerosos peregrinos que desde todas partes vienen a venerarlos.

Quisiera detenerme en el Evangelio (cf. Mateo 16, 13-19) que la liturgia nos propone en esta fiesta. En él se cuenta un episodio que es fundamental para nuestro camino de fe. Se trata del diálogo en el que Jesús plantea a sus discípulos la pregunta sobre la identidad. Él primero pregunta: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» (v. 13). Y después les interpe-la directamente a ellos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (v. 15). Con estas dos preguntas, Jesús parece decir que una cosa es seguir la opinión corriente, y otra es encontrarle a Él y abrirse a su misterio: allí se descubre la verdad. La opinión común contiene una respuesta verdadera pero parcial; Pedro, y con él la Iglesia de ayer, de hoy y de siempre, responde, por gracia de Dios, la verdad: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (v. 16).

A lo largo de los siglos, el mundo ha definido a Jesús de distintas maneras: un gran profeta de la justicia y del amor; un sabio maestro de vida; un revolucionario; un soñador de los sueños de Dios... etc. Muchas cosas bonitas. En la Babel de estas y otras hipótesis destaca todavía hoy, sencilla y neta, la confesión de Simón llamado Pedro, hombre humilde y lleno de fe: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (v. 16). Jesús es el Hijo de Dios; por eso está perennemente vivo Él como está eternamente vivo su Padre. Esta es la novedad que la gracia enciende en el corazón de quien se abre al misterio de Jesús: la certeza no matemática, pero todavía más fuerte, interior, de haber encontrado la Fuente de Vida, la Vida misma hecha carne, visible y tangible en medio de nosotros. Esta es la experiencia del cristiano, y no es mérito suyo, de nosotros cristianos, y no es mérito nuestro, sino que viene de Dios, es una gracia de Dios, Padre e Hijo y Espíritu Santo. Todo esto está contenido en esencial en la respuesta de Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo».

Y después, la respuesta de Jesús está llena de luz «Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella» (v. 18). Es la primera



El Ángelus en la solemnidad de los santos Pedro y Pablo

## A las raíces de la fe

vez que Jesús pronuncia la palabra «Iglesia»: y lo hace expresando todo el amor hacia ella, que define «mi Iglesia».

Y la nueva comunidad de la Alianza, ya no basada en la descendencia y la Ley, sino en la fe en Él, Jesús, Rostro de Dios.

Una fe que el beato Pablo VI, cuando todavía era arzobispo de Milán, expresaba con esta maravillosa oración:

«Oh Cristo, nuestro único mediador, Tú nos eres necesario: para vivir en Comunión con Dios Padre; para convertirnos contigo, que eres Hijo único y Señor nuestro, sus hijos adoptivos; para ser regenerados en el Espíritu Santo» (*Carta pastoral*, 1955).

Que por intercesión de la Virgen María, Reina de los Apóstoles, el Señor conceda a la Iglesia, a Roma y en el mundo entero, ser siempre fiel al Evangelio, a cuyo servicio los santos Pedro y Pablo han consagrado su vida.

*Al finalizar la oración mariana el Papa saludó a los cardenales y arzobispos presentes, dirigiendo un pensamiento particular a la delegación del patriarcado ecuménico que participó en la celebración.*

Queridos hermanos y hermanas:

Esta mañana, aquí en la plaza San Pedro, he celebrado la eucaristía con los nuevos cardenales creados en el consistorio de ayer; y he

bendecido los palios de los arzobispos metropolitanos nombrados en este último año, procedentes de varios países. Les renuevo mi saludo y mi felicitación y a cuantos les han acompañado en esta circunstancia festiva.

Que puedan vivir siempre con entusiasmo y generosidad su servicio al Evangelio y a la Iglesia.

En la misma celebración he acogido con afecto a la Delegación venida a Roma en nombre del patriarcado ecuménico, el querido hermano Bartolomé. Esta presencia es un signo ulterior del camino de comunión y de fraternidad que gracias a Dios caracteriza a nuestras Iglesias.

Dirijo un cordial saludo a todos vosotros, familias, grupos parroquiales, asociaciones y fieles procedentes de Italia y de tantas partes del mundo, especialmente de la República Checa, de Pakistán, China y Estados Unidos. Y veo las banderas españolas: también de España... Y de tantos otros países.

Mi saludo hoy es sobre todo para vosotros, fieles de Roma, ¡en la fiesta de los santos patronos de la ciudad!

Para esta ocasión la «Pro Loco» romana ha promovido la tradicional *Infiornata*, que veo desde aquí, realizada por diferentes artistas y de tantas realidades asociativas y de voluntariado.

¡Gracias por esta bonita iniciativa y por las bonitas decoraciones florales!

Os deseo a todos buena fiesta. Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta pronto!

(g.m.v.)

## Vitalidad y apertura

VIENE DE LA PÁGINA 1

veces dañada» dijo el Papa, respondiendo idealmente al saludo del patriarca de Babilonia de los caldeos que en nombre de los hermanos había hablado de la creación de nuevos cardenales como señal de vitalidad y de apertura de la comunidad católica. También la señal de la unción fue explicada por Francisco, durante la misa de la fiesta de los apóstoles, como símbolo de la misión: Pedro «que veía cómo Jesús unguía a su Pueblo. Jesús, el Ungido, que de poblado en poblado, camina con el único deseo de salvar y levantar lo que se consideraba perdido:

unge al muerto, unge al enfermo, unge las heridas, unge al penitente, unge la esperanza. En esa unción, cada pecador, perdedor, enfermo, pagano —allí donde se encontraba— pudo sentirse miembro amado de la familia de Dios». Pero como Pedro, que reconoce en Jesús al Cristo, es decir, el ungido por Dios, también la Iglesia está continuamente tentada por el demonio que quiere obstaculizar la misión. Misión arraigada en la contemplación de la luz del Señor que, escribía Montini recordado de nuevo por su sucesor, nos resulta necesario.

## Consistorio para la creación de 14 nuevos cardenales



Louis Raphaël I Sako

**Louis Raphaël I Sako**

Patriarca de Babilonia de los Caldeos

Viene del martirizado Irak, de Zalkho, una ciudad en la frontera entre Turquía y Siria. Es el guía espiritual de la Iglesia oriental más grande presente en tierras iraquíes. Nació el 4 de julio de 1948 y ha vivido durante mucho tiempo en otras urbes como Mosul y Kirkuk, que han sido duramente golpeadas por la devastación, la guerra y las atrocidades cometidas por el autodenominado Estado Islámico. Fue ordenado sacerdote el 1 de junio de 1974.

**Luis Francisco Ladaria Ferrer**

Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe

Primer promotor y después, si es necesario, tutelar la fe católica. Es el espíritu con el que este jesuita ha vivido y obrado siempre. Nació el 19 de abril de 1944 en Manacor, en las Islas Baleares (España) y fue ordenado sacerdote en 1973. Ha desempeñado numerosos e importantes cargos a nivel internacional, como miembro de la Comisión teológica internacional desde 1992 hasta 1997 y tiene experiencia en diversos países. También ha publicado dieciséis libros, que han sido traducidos a varios idiomas.



Luis F. Ladaria Ferrer

**Angelo De Donatis**

Vicario general de Su Santidad para la diócesis de Roma y Arcipreste

de la Basílica Papal de San Juan de Letrán

«Sacerdote romano hasta la médula», es el trato en el que se reconoce plenamente a este hombre de oración y de interioridad. Es muy cercano al clero de Roma por su papel de formador y de padre espiritual de diversas generaciones de seminaristas y sacerdotes. Angelo nació el 4 de enero de 1954 en Casarano, en la provincia de Lecce y fue ordenado en abril de 1980.



Angelo De Donatis

**Giovanni Angelo Becciu**

Sustituto para los Asuntos Generales de la Secretaría de Estado y Delegado Especial en la Soberana Orden Militar de Malta

Representante del Papa en cuatro continentes durante más de dieciséis años, más tarde estrecho colaborador suyo como sustituto desde 2011 hasta 2018 y después como prefecto de la Congregación de las causas de los santos: es, en síntesis, el itinerario biográfico de este hombre que nació el 2 de junio de 1948 en Pattada, en la isla de Cerdeña. Fue ordenado sacerdote en 1972 y entró en el servicio diplomático de la Santa Sede en 1984 y ha sido nuncio apostólico en diferentes países, como Angola o Cuba.

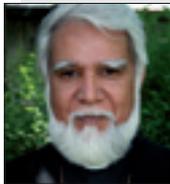


Giovanni Angelo Becciu

**Konrad Krajewski**

Limosnero de Su Santidad

«No serás nunca un obispo de escritorio ni te quiero ver detrás de mí durante las celebraciones. Te quiero siempre entre la gente. Deberás ser la prolongación de mis manos para llevar una caricia a los pobres, a los desheredados, a los últimos». Con estas palabras Francisco le comunicó su decisión de nombrarlo su limosnero en 2015. Krajewski nació el 25 de noviembre en Łódź, Polonia y fue ordenado sacerdote en junio de 1988.



Joseph Coutts

**Joseph Coutts**

Arzobispo de Karachi (Pakistán)

Nació el 21 de julio de 1945 en Amritsar, cuando la ciudad era parte de la India británica y aún no existía Pakistán. El arzobispo «con la barba blanca», como lo llaman cariñosamente los fieles dirige todo su ministerio hacia la armonía. Fue ordenado sacerdote en enero de 1971.



Antônio A. dos Santos Marto

**Antonio Augusto dos Santos Marto**

Obispo de Leiria-Fátima (Portugal)

Pastor de espiritualidad y de doctrina, ha vinculado su misión de forma indisoluble a Fátima: como obispo acogió a Benedicto XVI en 2012 y a Francisco en 2017 y ha vivido la canonización de los dos pastorcillos, Francisco y Jacinta. Nació el 5 de mayo de 1947 en Tronco y fue ordenado presbítero en 1971. Desde 1977 ha desempeñado labores de docencia en varios ámbitos.

# La misión es la clave de la reforma de la Iglesia

## Consistorio para la creación de catorce cardenales

«La única autoridad creíble es la que nace de ponerse a los pies de los otros para servir a Cristo». Lo recordó el Papa Francisco a los catorce cardenales creados en el Consistorio ordinario público el jueves, 28 de junio por la tarde, en la basílica vaticana.

«Estaban subiendo por el camino hacia Jerusalén y Jesús iba delante de ellos» (Mc 10, 32).<sup>1</sup>

El comienzo de este paradigmático pasaje en Marcos siempre nos ayuda a ver cómo el Señor cuida de su pueblo con una pedagogía sin igual. De camino a Jerusalén, Jesús no deja de primar a los suyos.

Jerusalén es la hora de las grandes determinaciones y decisiones. Todos sabemos que los momentos importantes y cruciales en la vida dejan hablar al corazón y muestran las intenciones y las tensiones que nos habitan.

Tales encrucijadas de la existencia nos interpelan y logran sacar a la luz búsquedas y deseos no siempre transparentes del corazón humano. Así lo revela, con toda simplicidad y realismo, el pasaje del Evangelio que acabamos de escuchar.

«Frente al tercer y más cruel anuncio de la pasión, el evangelista no teme develar ciertos secretos del corazón de los discípulos: hisquedad de los primeros puestos, celos, envidias, intrigas, arreglos y acomodos; una lógica que no solo carcome y corroe desde dentro las relaciones entre ellos, sino que además los encierra y enreda en discusiones inútiles y poco relevantes. Pero Jesús no se detiene en ello, sino que se adelanta, los primerea y enfáticamente les dice: «No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor» (Mc 10, 43). Con esa actitud, el Señor busca recenter la mirada y el corazón de sus discípulos, no permitiendo que las discusiones estériles y autorreferenciales ganen espacio en el seno de la comunidad. ¿De qué sirve ganar el mundo entero si se está corroído por dentro? ¿De qué sirve ganar el mundo entero si se vive atrapado en intrigas asfixiantes que secan y vuelven estéril el corazón y la misión? En esta situación —como alguien hacía notar— se podrían vislumbrar ya las intrigas palaciegas, también en las curias eclesiales.

«No será así entre vosotros», respuesta del Señor que, en primer lugar, es una invitación y una apuesta a recuperar lo mejor que hay en los discípulos y así no dejarse derrotar y encerrar por lógicas mundanas que desvían la mirada de lo importante. «No será así entre vosotros» es la voz del Señor que salva a la comunidad de mirarse demasiado a sí misma en lugar de poner la mirada, los recursos, las expectativas y el corazón en lo importante: la misión.

Y así Jesús nos enseña que la conversión, la transformación del corazón y la reforma de la Iglesia siempre es y será en clave misionera, pues supone dejar de ver y velar por los propios intereses para mirar y velar por los intereses del Padre. La conversión de nuestros pecados, de nuestros egoísmos no es ni será nunca un fin en sí misma, sino que apunta principalmente a crecer en fidelidad y disponibilidad para abrazar la misión. Y esto de modo que, a la hora de la verdad, especialmente en los momentos difíciles de nuestros hermanos, estamos bien dispuestos y disponibles para acompañar y recibir a todos y a cada uno, y no nos vayamos convirtiendo en exquisitos expulsivos o por cuestiones de estrechez de miradas<sup>2</sup> o, lo que sería peor, por estar discutiendo y pensando entre nosotros quién será el más importante. Cuando nos olvidamos de la misión,

cuando perdemos de vista el rostro concreto de nuestros hermanos, nuestra vida se clausura en la búsqueda de los propios intereses y seguridades. Así comienza a crecer el resentimiento, la tristeza y la desazón. Poco a poco queda menos espacio para los demás, para la comunidad eclesial, para los pobres, para escuchar la voz del Señor. Así se pierde el alegría, y se termina secando el corazón (cf. Exhort. Ap. *Evangelii Gaudium*, 2).

«No será así entre vosotros —nos dice el Señor—, [...] el que quiera ser primero, sea esclavo de todos» (Mc 10, 43-44). Es la bienaventuranza y el magnificat que cada día estamos invitados a entonar. Es la invitación que el Señor nos hace para no olvidarnos que la autoridad en la Iglesia crece en esa capacidad de dignificar, de unir al otro, para sanar sus heridas y su esperanza tantas veces dañada. Es recordar que estamos aquí porque hemos sido enviados a «evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4, 18-19).

Queridos hermanos Cardenales y neo-Cardenales: Mientras vamos de camino a Jerusalén, el Señor se nos adelanta para recordarnos una y otra vez que la única autoridad creíble es la que nace de ponerse a los pies de los otros para servir a Cristo. Es la que surge de no olvidarse que Jesús, antes de inclinarse a la cabeza en la cruz, no tuvo miedo ni reparo de inclinarse ante sus discípulos y lavarles los pies. Esa es la mayor condecoración que podemos obtener, la mayor promoción que se nos puede otorgar: servir a Cristo en el pueblo fiel de Dios, en el hambriento, en el olvidado, en el encarcelado, en el enfermo, en el tóxico-dependiente, en el abandonado, en personas concretas con sus historias y esperanzas, con sus ilusiones y desilusiones, sus dolores y heridas.

Solo así, la autoridad del pastor tendrá sabor a Evangelio, y no será como «un metal que resuena o un címbalo que aturde» (1 Co 13, 1). Ninguno de nosotros debe sentirse «superior» a nadie. Ninguno de nosotros debe mirar a los demás por sobre el hombro, desde arriba. Únicamente nos es lícito mirar a una persona desde arriba hacia abajo, cuando la ayudamos a levantarse.

¿Quiéramos recordar con vosotros parte del testamento espiritual de san Juan XXIII que adelantándose en el camino pudo decir: «Nacido pobre, pero de honrada y humilde familia, estoy particularmente contento de morir pobre, habiendo distribuido según las diversas exigencias de mi vida sencilla y modesta, al servicio de los pobres y de la santa Iglesia que me ha alimentado, cuanto he tenido entre las manos —poca cosa por otra parte— durante los años de mi sacerdocio y de mi episcopado. Aparentes opulencias ocultaron con frecuencia espaldas escondidas de dolorosa pobreza y me impidieron dar siempre con largueza lo que hubiera deseado. Dox gracias a Dios por esta gracia de la pobreza de la que hice voto en mi juventud, como sacerdote del Sagrado Corazón, pobreza de espíritu y pobreza real; que me ayudó a no pedir nunca nada, ni puestos, ni dinero, ni favores, nunca, ni para mí ni para mis parientes o amigos» (29 junio 1954).

<sup>1</sup> El verbo *proago* es el mismo con el que Cristo resucitado anuncia a sus discípulos que los «predeciría» en Galilea (cf. Mc 16, 7).

<sup>2</sup> Cf. Jorge Mario Bergoglio, *Ejercicios Espirituales a los obispos españoles*, 2006.

**Pedro Ricardo Barreto Jumeno**

Arzobispo de Huancayo (Perú)

Tiene «los pies en los Andes y el corazón en la Amazonía». Es una de las voces que mejor encarna la defensa del medioambiente como vía para un desarrollo respetuoso con los pueblos indígenas. Este jesuita, quien purpurado peruano, nació el 12 de febrero de 1944 en Lima y fue ordenado sacerdote en diciembre de 1971. Ha desempeñado labores de profesor y director espiritual, párroco y responsable de la pastoral vocacional de Tacna. También ha sido vicepresidente de la Conferencia episcopal peruana y vicepresidente y coordinador de la Red eclesial panamericana (REPAM).



Désiré Tsarahazana

**Désiré Tsarahazana**

Arzobispo de Toamasina (Madagascar)

Es una figura central y un punto de referencia para el pueblo de esa isla africana. Es también presidente de la Conferencia episcopal desde 2012. Nació el 13 de junio de 1954 en Amboangibe y allí, en su pueblo natal, fue ordenado sacerdote en septiembre de 1986. Es un firme defensor de su lema paulino «vencer el mal con el bien» y ha acogido la purpura como señal «para dar más esperanza a las personas que aspiran a una vida digna».



Pedro Ricardo Barreto Jumeno

**Giuseppe Petrocchi**

Arzobispo de L'Aquila (Italia)

Es una purpura que habla de la cercanía al sufrimiento que han vivido las personas afectadas por los terremotos que devastaron el centro de Italia de 2009 a 2017. La elección de Francisco es, por eso, «señal de un amor que da valor y abre perspectivas de esperanza para el futuro». Petrocchi nació el 19 de agosto de 1948 en Venagrande y fue ordenado sacerdote en septiembre de 1973. Ha trabajado en el ámbito de la pastoral juvenil y ha sido párroco de diversas comunidades, poniendo en el centro una pastoral hecha de cercanía cotidiana a cada persona.



Giuseppe Petrocchi

**Thomas Awuino Manyo Maeda**

Arzobispo de Osaka (Japón)

Un sacerdote que nace en Nagasaki y después se convierte en obispo de Hiroshima lleva consigo para siempre la herencia de los sufrimientos causados por la catástrofe atómica. De ahí nace la fuerza para intensificar su compromiso por la paz y la reconciliación. Nació el 3 de marzo de 1949 en Tsuwasaki y fue ordenado sacerdote en marzo de 1975. Es un pastor de profunda cultura, particularmente atento a las personas con discapacidad.



Thomas A. Manyo Maeda

**Sergio Obeso Rivera**

Arzobispo emérito de Jalapa (México)

Siempre ha sido un promotor del diálogo y del encuentro, dando valor a todo lo que une y rechazando lo que separa. Lo ha demostrado durante 28 años como guía de la Sede metropolitana de Jalapa, una realidad difícil marcada por muchos contrastes. Nació el 31 de octubre de 1931 en Jalapa, en el estado de Veracruz y fue ordenado sacerdote en octubre de 1954. Ha sido presidente del episcopado mexicano en diferentes periodos.



Toribio Ticona Porco

**Toribio Ticona Porco**

Obispo prelado emérito de Corocoro (Bolivia)

Siempre ha estado en primera línea de la defensa de los derechos de los mineros y de los campesinos de las zonas rurales bolivianas. Una elección de campo que hizo desde el inicio de su sacerdocio y continuó con mayor vigor después de su ordenación episcopal. Nació el 25 de abril de 1937 en Atocha en el seno de una familia pobre y fue ordenado sacerdote en enero de 1967.



Sergio Obeso Rivera

**Aquilino Bocos Merino**

Arzobispo titular de Urusi

Misionero hijo de la España profunda que le ha forjado el carácter, ha sido un incansable promotor de la vida consagrada y del anuncio del Evangelio, en particular en los años de la renovación conciliar. Este claretiano nació el 17 de mayo de 1938 en Canillas de Esqueza, en la provincia de Valladolid y fue ordenado sacerdote en mayo de 1963. En la Congregación de los hijos del Corazón Inmaculado ha desempeñado diferentes cargos, cada vez de mayor responsabilidad.



Aquilino Bocos Merino

## En la fiesta de los patrones de Roma

Fue con el Papa la primera misa de los catorce cardenales creados en el consistorio del 28 de junio. Con ellos en la plaza de San Pedro, en la solemnidad de los santos Pedro y Pablo, patrones de Roma, estaban los veintiocho arzobispos metropolitanos a los que, después de la celebración, el Pontífice entregó personalmente el palio. Dando continuidad a la novedad introducida hace años para subrayar el vínculo con la Iglesia local, la imposición verdadera tendrá lugar en las diócesis de origen de los metropolitanos nombrados en el curso del año, de la mano del representante pontificio.

De los veintiocho prelados, cinco provienen de Argentina, cuatro de Italia, tres de México, dos de Colombia, dos de Venezuela, mientras que cuentan con un metropolitano Polonia, Haití, Trinidad y Tobago, Japón, India, Francia, Tanzania, Zambia, Filipinas, Burundi, Brasil y Ghana. En la celebración, precedida por el rezo del rosario, tomó parte la delegación del Patriarcado ecuménico de Constantinopla —recibida en audiencia el día anterior por el Papa— guiada por el arzobispo Job de Telmessos, con el obispo de Nazianzos, Theodoretos, y el diácono patriarcal Alexander Koutsis. Con el representante de Bartolomé

el Pontífice intercambió un abrazo de paz. Junto a la delegación ortodoxa estaban el cardenal Koch, presidente del Pontificio Consejo para la promoción de la unidad de los cristianos, con el obispo secretario Farrell y el subsecretario, monseñor Palmieri. Con Francisco concelebraron noventa y dos cardenales, cerca de un centenar entre arzobispos y obispos y otros trescientos sacerdotes.

Fue el cardenal protodiácono Renato Raffaele Martino quien presentó a los metropolitanos al Papa en latín. Estos leyeron *un simul*, la fórmula del juramento, siempre en latín. Después, Francisco recitó la oración de bendición de los palios. Las lecturas fueron proclamadas en inglés y español, el salmo fue cantado en italiano y el pasaje del Evangelio en latín. Para la oración eucarística, los cardenales Sako, Ladaria y Aguiar Retes, y el arzobispo Saba subieron al altar. Después de la bendición final, el Papa se recogió en oración ante la estatua de la Virgen mientras se cantaba la antifona *Sub tuum praesidium*. Luego, frente al altar, entregó el palio a cada metropolitano.

Antes de la celebración, el Pontífice había descendido a la Confe-



sión de Pedro para un momento de oración, acompañado por el arzobispo ortodoxo. Luego, con él, en la nave central de la basilica, se había detenido frente a la estatua de San Pedro.

En la misa participaron algunos arzobispos y obispos, los canónigos vaticanos y prelados de la Curia romana. Hubo numerosas representaciones de las diócesis a las que pertenecían los nuevos cardenales y metropolitanos, así como las delegaciones oficiales que habían participado en el consistorio el día anterior. Entre las personalidades presentes, el director del Osservatore Romano. Del servicio de los monaguillos se ocupó la asociación Santos Pedro y Pablo. Los cantos fueron interpretados por la Capilla Sixtina, junto con

el coro de la catedral anglicana de Hereford. El proyecto ecuménico, lanzado en 2012, continúa con la participación de coros de otras comunidades cristianas en la lógica de buscar caminos de unidad, localizando las fuentes comunes.

A última hora de la tarde, el cardenal limosnero Krajewski, como señal de cercanía con los pobres, ofreció una cena a unas doscientas cincuenta personas sin hogar en el comedor de servicio del Vaticano. El Papa Francisco también participó. Entre los presentes, Rudolf, un eslovaco sin hogar, que ofrece su colaboración en el servicio de duchas y barbería ubicado debajo de la columnata de San Pedro, elegido por el limosnero como su secretario particular para el consistorio.

Han recibido la bendición común del Papa Francisco y Benedicto XVI, y han posado junto a ellos para una foto de recuerdo. Fue un encuentro de gran intensidad humana y espiritual para los catorce cardenales creados en el Consistorio ordinario público del jueves 28 de junio.

Después del rito que tuvo lugar en la basilica vaticana, el Obispo de Roma se dirigió al monasterio *Mater ecclesiae* junto con los nuevos purpurados para encontrar a

su predecesor. En el patio Francisco fue recibido por el arzobispo Georg Gänswein, prefecto de la Casa pontificia, mientras Ratzinger esperaba en la capilla. Dentro, después de un largo abrazo con el Pontífice argentino, Benedicto XVI saludó a los nuevos purpurados, deteniéndose a hablar con cada uno de ellos.

Antes, en la basilica de San Pedro, los cardenales habían renova-

## Abrazo de paz

do la profesión de fe, jurando fidelidad y lealtad al Papa y a sus sucesores a través de la fórmula ritual, que fue leída por el patriarca de Babilonia de los caldeos, Louis Raphaël I Sako. Siguió la imposición del solideo y la birreta cardinalicia, con la entrega del anillo por parte de Francisco: según el orden de creación, uno a la vez, los nuevos purpurados subieron al altar de la Confesión para recibir las insignias de la dignidad cardinalicia y la bula de asignación del título, que representa la participación al cuidado pastoral del obispo de Roma para su diócesis.

Al finalizar, los catorce intercambiaron con Francisco el abrazo de paz, según un gesto de fraternidad que fue renovado con los ciento veinte hermanos cardenales que participaron en el rito. Entre ellos, el vice decano del Colegio cardenalicio, el cardenal Re. Con el cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede estaba el arzobispo Gallagher, secretario para las Relaciones con los Estados; los monseñores Borgia, asesor, y Murphy, jefe de protocolo. Muchos prelados de la Curia romana, entre los cuales, el arzobispo Gänswein y monseñor Sapienza, regente de la Prefectura de la Casa pontificia. Todos ellos participaron también en la misa celebrada al día siguiente en la plaza San Pedro en la solemnidad de los santos Pedro y Pablo.

Al finalizar el rito —dirigido por monseñor Marini, maestro de las celebraciones litúrgicas pontificias— mientras en la Capilla sixtina dirigida por el maestro Palombella entonaba el *Salve Regina*, el Papa se detuvo antes delante de la imagen de la Virgen María y después delante de la estatua de san Pedro, revestida con los paramentos según la tradición, acariciando y besando el pie consumido por la devoción de los peregrinos.

Numerosas las delegaciones oficiales en el consistorio. Les guiaba fray Giacomo Della Torre del Tempio di Sanguinetto. Gran maestre de la Soberana orden de Malta; Juan Evo Morales Ayma, presidente de la República plurinacional de Bolivia; Hery Rajaoanarimampianina, presidente de la República de Madagascar; Luigi Di Maio, ministro del Trabajo y de las políticas sociales de Italia; Muhammad Yousuf Shaikh, ministro de Educación de Pakistán; Francisca Van Dunem, ministra de Justicia de Portugal; Given Lubinda, ministro de Justicia de Zambia; Adam Kwiatkowski, ministro de la Presidencia de la Polonia; Jacob Olanyah, viceportavoz del Parlamento de Uganda; Roberto Herrera Mena, director general para los Asuntos religiosos de México; María Elvira Velásquez Rivas-Plata, embajadora de Perú acreditada ante la Santa Sede. Entre las demás personalidades presentes, la alcaldesa de Roma, Virginia Raggi, y el director del Osservatore Romano.



# Por el camino de la paz

## Los obispos colombianos

«El presidente electo Iván Duque tiene un eslogan muy alto: “Un futuro para todos” y esperamos que se mueva en esta dirección»: es lo que afirmó monseñor Luis Augusto Castro, arzobispo de Tunja, que sintetiza así el deseo y la preocupación de la Comisión de conciliación nacional (CCN) sobre la concretización del proceso de paz colombiano.

Después de las elecciones presidenciales en la Iglesia permanece la preocupación sobre el futuro del proceso de paz con las Fuerzas armadas revolucionarias de Colombia (FARC), en particular en las áreas rurales y amazónicas deprimidas. En campaña electoral, Duque había prometido modificar los acuerdos de paz ratificados por el parlamento en diciembre de 2016. De las perspectivas para el futuro próximo de la reconciliación y del desarrollo del país trató el foro organizado en los días pasados por la CCN presidida e integrada por varios exponentes de la Iglesia, en el que participaron delegados de 15 regiones de Colombia comprometidos en primera línea a nivel local en el proceso de paz.

El foro se concluyó con un panel titulado «Colombia después de las elecciones: superar la polarización y buscar la reconciliación».

De los trabajos de grupo emergieron «sugerencias que se harán llegar al presidente electo», explicó a la agencia Fides don Darío Echeverri, secretario general de la comisión. «Hemos escuchado en los representantes de las comisiones regionales de conciliación inseguridad a cerca de la evolución del proceso de paz. Desde las regiones y a nivel nacional se advierten dificultades. Es —explica— un momento de transición: preocupan en particular la actual carencia de recursos económicos destinados al proceso, la situación venezolana (Colombia ha recibido y está recibiendo decenas de miles de migrantes del país vecino, en tránsito o como destino final) y la voluntad política real del gobierno que entrará en funcionamiento el 7 de agosto».

Según el secretario general, los representantes regionales, que son aquellos que sobre el campo, a nivel local, empujan hacia la marcha efectiva del proceso, constatan retrasos en la implementación de la justicia transnacional especial y manifiestan el temor de que los coloquios de paz con la guerrilla del Ejército para la liberación nacional (ELN) no avancen, porque el nuevo gobierno parece que quiere trazar una línea roja sobre las negociaciones y el ELN no está de acuerdo.



## Año jubilar en Colombia

A 100 años de la coronación de Nuestra Señora de Chiquinquirá, Colombia exulta ante la conmemoración en el mes de julio de un Año jubilar colombiano y que llevará por lema: «En el camino de la renovación, acompaña a Colombia, María».

Le tocó a los frailes dominicos presentar la agenda del Centenario. Se tuvo, a este propósito, una rueda de prensa en el municipio de Chiquinquirá, donde se especificaron los diversos pasos de la celebración que se extenderá a toda la nación.

«La renovación del Lienzo», según palabras de Fray Nelson Novoa, prior conventual y rector del Santuario Mariano Nacional de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, reportadas en una nota publicada en la página web de la Conferencia episcopal colombiana, «ha estado unida a la historia de la Independencia, al racismo, al maltrato de tantos hombres de esta patria que han sufrido el dolor», y «también ligada», añadió, a «aquellas personas que han venido al Santuario a llorar y suplicar por sus secuestrados y por sus muertos». Concluyó afirmando que «por eso Chiquinquirá es un lugar de renovación para Colombia. Que esa renovación llegue a nuestras vidas, a nuestras familias y a esta patria amada».



Un momento durante la rueda de prensa

## Las homilias del Pontífice

Misa en Santa Marta

### La memoria cristiana es la sal de la vida

Entre «memoria y esperanza» donde podemos «encontrar a Jesús». Y el Papa Francisco sugirió tres consejos prácticos para no ser «cristianos desmemoriados» y por lo tanto incapaces de dar «sal a la vida»: acordarse de los primeros encuentros con el Señor, de quien nos ha transmitido la fe —comenzando por los padres y por los abuelos— y de la ley de Dios. Sobre estas indicaciones para «ir atrás para ir adelante» el Pontífice centró la misa celebrada el jueves 7 de junio en Santa Marta. Proponiendo también un examen de conciencia.

Francisco hizo notar que «en la primera lectura Pablo llama la atención de Timoteo sobre la memoria: «Hijo mío, acuérdate de Jesucristo». Y, siempre refiriéndose a la segunda Carta de Pablo a Timoteo (2, 8-15), el Papa hizo también presente que el apóstol, «más adelante», relanza escribiendo: «recuerda estas cosas».

En definitiva, Pablo «hace una exhortación para que» Timoteo «vaya atrás con la memoria para encontrar a Jesucristo y la memoria, co-



mo está presentada en la Biblia, no es un pensamiento, diremos, un poco romántico, como decir «los tiempos pasados han sido mejores». No, explicó el Papa, «la memoria es un ir atrás para encontrar fuerzas y poder caminar hacia adelante». Es más, «la memoria cristiana es siempre un encuentro, un encuentro con Jesucristo». Por eso Pablo escribe a Timoteo: «Acuérdate de Jesucristo, enseña estas cosas».

«La memoria cristiana es como la sal de la vida: sin memoria no podemos ir adelante» afirmó el Pontífice. Tanto que «cuando nosotros encontramos cristianos «desmemoriados», inmediatamente vemos que han perdido el sabor de la vida cristiana y han terminado» por ser «personas que cumplen los mandamientos pero sin la mística, sin encontrar a Jesús». En cambio, «a Cristo debemos encontrarlo en la vida».

«Me han venido a la mente tres situaciones en las cuales podemos encontrar a Jesús» confió el Papa indicándolas: «En los primeros momentos, así los llamo yo; en nuestros jefes, en nuestros antepasados; y en la ley».

«Acuérdate de Jesucristo en los primeros momentos», por lo tanto, es la primera indicación. Y «la Carta a los Hebreos es clara en esto: «Recordad aquellos primeros tiempos, después de vuestra conversión», un momento en el que «erais tan fervorosos», fervientes.

Por el resto, dijo el Pontífice «cada uno de nosotros tiene tiempos de encuentro con Jesús». Y «en nuestra vida hay uno, dos, tres momentos en los que Jesús se ha acercado, se ha manifestado». Y es importante, hizo presente el Papa, «no olvidar estos momentos: debemos ir atrás y retomarlos porque son momentos de inspiración, donde encontramos a Jesucristo». En esta perspectiva Francisco hizo nuevamente referencia a la carta a los hebreos: «Fijad los ojos, fijad la mirada en Jesucristo, que es el creador y el consumidor de la fe; recordad a aquel

que ha sufrido tanta hostilidad». Por lo tanto, es la invitación del Papa, «siempre pensar en Jesucristo pero en los momentos: cada uno de nosotros tiene momentos así, cuando ha encontrado a Jesucristo, cuando ha cambiado de vida, cuando el Señor le ha hecho ver la propia vocación, cuando el Señor lo visitó en un momento difícil».

Y «tenemos estos momentos en nuestros corazones: busquemos, contemplamos estos momentos», dijo el Pontífice. Renovando la exhortación a tener «recuerdo de aquellos momentos en los que me encontré con Jesucristo, recuerdo de aquellos momentos en que Jesucristo se encontró conmigo». Porque esos momentos, explicó, «son la fuente del viaje cristiano, la fuente que me dará la fuerza». Por lo tanto, es importante «volver siempre a esos momentos para recuperar la fuerza y poder avanzar».

En ese momento, lanzó el Papa «cada uno puede preguntarse: ¿Yo recuerdo aquellos momentos de encuentro con Jesús, cuando me cambió la vida, cuando me prometió algo?». Y «si no los recordamos, busquémoslos: cada uno de nosotros los tiene, busquémoslos».

La segunda situación para el «encuentro con Jesús» es la «memoria de nuestros antepasados» afirmó Francisco. Y «la Carta a los Hebreos es clara sobre esto: «Recordad a vuestros amos, aquellos que os han enseñado la fe», a aquellos que me han transmitido la fe». Sobre todo, continuó el Pontífice, en la misma Carta propuesta por la liturgia «un poco más adelante Pablo vuelve sobre esto y le dice a Timoteo: «Recuerda a tu madre y a tu abuela que te han transmitido la fe»».

El apóstol indica «el ejemplo de nuestros amos, de nuestras raíces, de aquellos que nos han dado la fe». Porque, hizo notar el Papa, «la fe nosotros no la hemos recibido por correo». Ha habido «hombres y mujeres que nos han transmitido la fe. Tanto que se lee todavía en la Carta a los Hebreos: «Mirad a aquellos que son una multitud de testimonios y tomad fuerza de ellos, ellos que han sufrido el martirio, muchas cosas».

Seguramente podamos recibir la fe, añadió Francisco, también de aquellos «que son los más cercanos a nosotros, como dice aquí Pablo a Timoteo: tu madre, tu abuela, aquellos que nos han dado la fe». Con la conciencia de que «siempre cuando el agua de la vida se convierte un poco turbia es importante ir a la fuente y encontrar en la fuente la fuerza para ir adelante».

En esta dirección, el Pontífice propuso: «podemos preguntarnos: remito la memoria a nuestros líderes, a mis antepasados; ¿Soy un hombre, una mujer con raíces o he sido desarraigado y desarraigada? ¿Vivo solo en el presente? Y si es así, es aconsejable «pedir de inmediato la gracia para volver a las raíces, a las personas que nos han dado la fe, que nos han transmitido la fe: «Recuerden a sus antepasados»».

«El tercer punto para recordar es la ley», dijo Francisco. Y refiriéndose al pasaje del Evangelio de Marcos 12, 28-34, explicó que «Jesús recuerda la ley», repitiendo claramente que «el primer mandamiento es: «¡Escucha, Israel! El Señor, nuestro Dios». Sí, «¡escucha, Israel!» es una «palabra que se repite tanto, en el Antiguo Testamento, en Deuteronomio, cuando el pueblo había perdido la memoria desde hacía tiempo, el Señor» dice: «¡Escucha, Israel, no lo olvides, Israel!» Hasta el punto de que, explicó el Papa, esta expresión «se ha convertido en una oración para los judíos: «¡Escucha, Israel!»». Por lo tanto, «repiten las palabras del Señor: el recuerdo de la ley». Y «la ley es un gesto de amor que el Señor ha hecho con nosotros porque nos ha mostrado el camino, nos dijo «de esta manera no te equivocarás»».

Aquí está el valor de «referir a la memoria la ley: no la ley fría, la que simplemente parece jurídica». Más bien, «la ley del amor, la ley que el Señor ha insertado en nuestros corazones». En este sentido, el Pontífice sugirió preguntarse si «soy fiel a la ley, recuerdo la ley, ¿repite la ley?». Porque «a veces los cristianos, incluso los consagrados, tenemos dificultades para repetir los mandamientos: «Sí, sí, los recuerdo», pero luego, en un momento dado, me equivoco, no recuerdo». Por lo tanto, «memoria de la ley, la ley del amor, pero que es concreta».

«Acuérdate de Jesucristo», repitió el Papa, invitando a mantener «la mirada fija en el Señor en los momentos de mi vida en que me encontré con el Señor, momentos difíciles, momentos de prueba; en mis antepasados y en la ley». Seguros de que «la memoria no es solo un regreso, sino que es ir atrás para ir adelante».

De hecho, señaló Francisco, «la memoria y la esperanza van juntas: la memoria cristiana va sobre la esperanza y la esperanza sobre la memoria». Y entonces «son complementarias, se complementan». Con esta conciencia, el Papa renovó la invitación a recordar «a Jesucristo, el Señor que vino, pagó por mí y que vendrá, el Señor de la memoria, el Señor de la esperanza».

Finalmente, el Pontífice concluyó con una propuesta: «Hoy todos podemos tomarnos unos minutos para preguntarse cómo va mi memoria, el recuerdo de los momentos en los que me encontré con el Señor; el recuerdo de mis antepasados; el recuerdo de la ley». Y preguntarse también «cómo va mi esperanza, en qué espero». En espera de «que el Señor nos ayude en esta obra de memoria y esperanza».

## Como la flor del almendro

**P**ara entender y vivir el amor no son necesarios bonitos discursos sino las simples obras de misericordia —dar de comer a quien tiene hambre, visitar enfermos y presos— que no hay que confundir con la también merecida beneficencia laica. Porque al amor de Dios, que no tiene límites y se manifiesta en la pequeñez y en la ternura, se responde con los hechos antes incluso que con las palabras. Este es el mensaje que el Papa Francisco propuso en la misa celebrada en Santa Marta el viernes por la mañana, 8 de junio, solemnidad del Sangrado Corazón de Jesús.

«Podemos decir que hoy la Iglesia celebra la solemnidad litúrgica del amor de Dios: hoy es la fiesta del amor» afirmó el Pontífice al inicio de la homilía: «El apóstol Juan —añadió— nos dice “qué es el amor: no que nosotros hayamos amado a Dios sino que Él nos ha amado primero. Él nos esperaba con amor. Él es el primero en amar”. Y, añadió Francisco, «los profetas entendían esto y usaron el símbolo de la flor del almendro: es lo que florece primero, en primavera». También Dios «es así: siempre primero; nos espera primero, nos ama primero, nos ayuda primero». Y «el amor es esto, es el amor de Dios».

Al respecto, el Papa hizo presente también que «es difícil entender el amor de Dios: Pablo, en el pasaje de la carta propuesta hoy por la liturgia» (*Efesios 3, 8-12.14-19*), habla de «anunciar a las gentes la inescrutable riqueza de Cristo». En sustancia «habla del misterio escondido desde hace siglos en Dios: el de las “inescrutables riquezas” de Dios». Pero, reconoció el Pontífice, «no es fácil entender esto: es una cosa lejana, misteriosa».

Después, Pablo «reza para que los cristianos sean capaces de comprender cuál es, y ahí cancela todos los límites, la amplitud, la largura, la altura y la profundidad del amor de Dios». En resumen el apóstol «habla de Dios cancelando el límite: va más allá siempre». Estamos delante de un «amor que no se puede entender» reiteró Francisco. Porque el «amor de Cristo supera todo conocimiento, supera todo: tan grande es el amor de Dios». Tanto que, afirmó, «un poeta decía que era como “el mar, sin orillas, sin fondo”, un mar sin límites».

Precisamente «esto es el amor que nosotros debemos entender, el amor que nosotros recibimos» explicó el Papa. Y «esta es la gracia que pide Pablo: entender y “anunciar a las gentes las riquezas inescrutables de Cristo”».

Por eso, la cuestión de fondo, sugirió el Pontífice, es «cómo se puede entender el amor» y también «cómo el Señor nos ha revelado este amor». Mirando «la historia de la salvación, el Señor ha sido un gran pedagogo, con la pedagogía del amor». Al referirse en particular al pasaje del profeta Oseas (11, 1.3-4.8-9) propuesto por la liturgia, el Papa hizo notar que «el Señor explica cómo ha manifestado su amor: no con el poder, con hacer sentir todo». Es más, con la actitud contraria. «Escuchamos» las palabras del profeta, sugirió Francisco: «Yo he enseñado a caminar a mi pueblo, teniendo de la mano. Cuidaba de ellos». Por tanto Dios tenía a su pueblo «de la mano, cerca, como un papá». Es más, prosigue el texto de Oseas: «Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor, y era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla —cuánta ternura—, me inclinaba hacia él y le daba de comer. Mi corazón está en mi trastornado, y a la vez se estremecen mis entrañas». El pasaje de Oseas testimonia, afirmó el Pontífice, que Dios no «manifiesta el amor con las cosas grandes: se empequeñece, se empequeñece, se empequeñece, con estos gestos de ternura, de bondad». Es un Dios que «se hace pequeño, se acerca, y con esta cercanía, con este empequeñecimiento, él nos hace entender la grandeza del amor».

«Lo grande va entendido por medio de lo pequeño» reiteró el Papa. Recordando también que Dios «va más allá, envía a su Hijo, pero no lo envía en majestad, en fuerza, lo envía en carne, en carne pecadora: “El Hijo se humilló a sí mismo, se aniquiló, tomó forma de siervo hasta la muerte, la

muerte en la cruz”». Por eso, insistió Francisco, «la grandeza más grande se expresa en la pequeñez más pequeña y más dramática: esto es el misterio del amor de Dios, de este amor que el Señor nos enseña a poner más en los hechos que en las palabras».

Es «un amor total» afirmó Francisco. Y «el símbolo es un corazón atravesado: así podemos entender también el recorrido cristiano». De hecho, explicó, «cuando Jesús quiere enseñarnos cómo debe ser la actitud cristiana nos dice pocas cosas, nos hacer ver ese famoso protocolo sobre el cual todos nosotros seremos juzgados: Mateo 25».

Y ese protocolo evangélico, hizo notar el Pontífice, «no dice: “yo pienso que Dios es así, he entendido el amor de Dios”». El pasaje del Evangelio de Mateo afirma sin embargo: «Yo he hecho en



pequeño el amor de Dios: he dado de comer al hambriento, he dado de beber al sediento, he visitado al enfermo, al preso». Porque, explicó el Papa, «las obras de misericordia son precisamente el camino de amor que Jesús nos enseña en continuación con este amor de Dios, grande». Y es «con este amor sin límites que se ha aniquilado, se ha humillado en Jesucristo, y nosotros debemos expresarlo así». Por tanto, prosiguió, «el Señor no nos pide grandes discursos sobre el amor; nos pide ser hombres y mujeres con un gran amor o con un pequeño amor, lo mismo, pero que sepamos hacer estas pequeñas cosas por Jesús, por el Padre».

En esta perspectiva, añadió el Pontífice, «se entiende la diferencia entre esa que sería un obra de beneficencia meritatoria, laica, y esas que son las obras de misericordia que son la continuidad de este amor, que se empequeñece, llega a nosotros, y nosotros lo llevamos adelante».

«Hoy es la solemnidad del amor de Dios —concluyó Francisco— y el amor de Dios, para entenderlo, se debe transmitir en las obras, en las pequeñas obras de misericordia: transmitirlo así, con sencillez». Y «este será el anuncio de este amor que no tiene límites y por esto ha sido capaz de expresarse en las pequeñas cosas». Con el deseo que de «el Señor nos haga entrar en este misterio de amor de Dios».

El Papa agradece a Bartolomé por su presencia en el encuentro del 7 de julio

## En Bari oración por Oriente Medio

*En el marco del tradicional intercambio de delegaciones por las respectivas fiestas de los santos patronos —el 29 de junio en Roma por la celebración de los santos Pedro y Pablo y el 30 de noviembre en Estambul por san Andrés— el miércoles 27 de junio se reunió la delegación del Patriarcado ecuménico guiada por el arzobispo Job de Tëlmessos, copresidente de la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa, acompañado por el obispo Theodoretos de Nazianzos y por el diácono Alexander Koutsis. En el*

*mismo día tuvieron lugar las conversaciones con el Pontificio consejo para la promoción de la unidad de los cristianos. El jueves 28, por la mañana, se desarrolló la audiencia con el Papa Francisco, que sucesivamente invitó a comer a la delegación, que por la tarde participó en el consistorio para la creación de los nuevos cardenales y el viernes 29 asistió a las celebraciones eucarísticas presididas por el Pontífice. A continuación publicamos el discurso que el Papa pronunció durante la audiencia.*

Eminencia, queridos hermanos en Cristo:

En este día de víspera de la fiesta de los santos apóstoles Pedro y Pablo, me llena de alegría encontrarme con vosotros que habéis venido a Roma para representar a Su Santidad el Patriarca Ecuménico Bartolomé y al Santo Sínodo y daros mi más cordial bienvenida. Vuestra presencia durante las fiestas en honor al patrón de la Iglesia principal de Roma es un signo de la creciente comunión que une a la Iglesia católica y al Patriarcado ecuménico. Recordar a los apóstoles, sus enseñanzas y su testimonio significa recordar las raíces comunes sobre las que se edifican nuestras Iglesias hermanas, pero también tomar conciencia de la misión común al servicio del Evangelio, para generar una nueva humanidad, encaminada hacia Dios.

En muchas sociedades que tradicionalmente se decían cristianas, junto con ejemplos luminosos de fidelidad al Señor Jesucristo, se asiste a una ofuscación gradual de la fe cristiana, que ya no incide en las decisiones de los individuos ni en las decisiones públicas. El desprecio por la dignidad de la persona humana, la idolatría del dinero, la propagación de la violencia, el absolutismo de la ciencia y la tecnología, la explotación imprudente de los recursos naturales son solamente algunos de los graves signos de una trágica realidad, a la que no podemos resignarnos. Comparto plenamente lo que el Patriarca ecuménico, Su Santidad Bartolomé, afirmó en su discurso durante su reciente visita a Roma para participar en la Conferencia internacional sobre «Nuevas políticas y es-

tilos de vida en la era digital»: «Rechazamos la cínica frase “No hay alternativa” [...]. Es inaceptable que las formas alternativas de desarrollo y la fuerza de la solidaridad social y la justicia sean ignoradas y calumniadas. Nuestras Iglesias pueden crear nuevas posibilidades de transformación para nuestro mundo. De hecho, la Iglesia misma es un evento de transformación, intercambio, amor y apertura. [...] En nuestras Iglesias experimentamos la bendita certeza de que el futuro no pertenece al “haber” sino al “ser”, no a la “pleonexia”, sino a “compartir”, no al individualismo y al egoísmo, sino a la comunión y a la solidaridad: no pertenece a la división sino al amor». Para mí es un consuelo constatar que esta convergencia de puntos de vista con mi amado hermano Bartolomé se traduce en un trabajo común concreto. También durante estos últimos meses, el Patriarcado ecuménico y la Iglesia católica han colaborado en iniciativas concernientes a cuestiones muy importantes, como la lucha contra las formas modernas de esclavitud, la defensa de la creación, la búsqueda de la paz. En este sentido, estoy sinceramente agradecido a Su Santidad Bartolomé por haber aceptado inmediatamente mi invitación a encontrarnos el próximo 7 de julio en Bari, junto con

los jefes de las Iglesias y Comunidades cristianas de Oriente Medio, para rezar y reflexionar sobre la trágica situación que aflige a tantos hermanos y hermanas de esa región. Es mi esperanza que se multipliquen las oportunidades en las cuales, nosotros, católicos y ortodoxos, a todos los niveles, podamos trabajar juntos, rezar juntos, anunciar juntos el Evangelio de Jesucristo que hemos recibido de la predicación apostólica, para experimentar cada vez más en este camino común la unidad que, por la gracia de Dios, ya nos une.

Eminencia, queridos hermanos, gracias de nuevo por vuestra presencia. A través de la intercesión de los santos Pedro y Pablo y de san Andrés, hermano de san Pedro, el Señor Todopoderoso nos conceda ser heraldos fieles del Evangelio. Y, mientras invoco su bendición sobre todos nosotros, os pido, por favor, que recéis por mí. Gracias.



## Como un vuelo de palomas

La jornada de reflexión y oración ecuménica por la paz en Oriente Medio, en la cual participa el Papa Francisco, el sábado 7 de julio en Bari, tiene «las notas de un gesto fuerte en su esencialidad». Se caracteriza por dos grandes momentos: la oración en el paseo marítimo junto a los fieles y el momento de reflexión y escucha entre el Papa y los jefes de las Iglesias y comunidades eclesiales de Oriente Medio. Lo subrayó el cardenal Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales, durante la presentación que tuvo lugar en la sala de prensa de la Santa Sede, el martes por la mañana, 3 de julio, en presencia también del cardenal Kurt Koch, presidente del Pontificio consejo para la promoción de la unidad de los cristianos. La idea de un encuentro como el de Bari «viene de lejos y viene de varias voces», dijo Sandri. De hecho, diferentes Iglesias y sus patriarcas han dirigido directamente la petición al Pontífice durante sus visitas a Roma. Al respecto, el purpurado recordó las de los representantes de la Iglesia caldea y asira de Oriente y el llamamiento escrito en febrero de 2016 por el Patriarca maronita, el cardenal Béchara Boutros Raï, en nombre de los Patriarcas ca-

tólicos de Oriente Medio reunidos en asamblea. Recibiendo la aprobación y la disponibilidad para intervenir también por parte de algunos jefes de Iglesias no católicas de la misma región.

El encuentro de Bari se abrirá con una relación confiada a monseñor Pierbattista Pizzaballa, administrador apostólico del patriarcado latino de Jerusalén, a quien seguirán intervenciones libres. Toda esta parte, explicó el prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales, se desarrollará a puerta cerrada. Está previsto que el Papa dirija unas palabras al inicio de la oración pública y al finalizar el encuentro. En ese momento se abrirán de nuevo las puertas de la basílica de San Nicolás, para que el Pontífice con los demás presentes puedan ir al atrio, donde lanzarán al cielo algunas palomas que les entregarán algunos niños. Se trata de un «gesto profético», porque sobre todo a los niños y a las jóvenes generaciones de Oriente Medio «debemos restituirles esa esperanza que acciones malas o la simple indiferencia en estos años les han quitado». Después, el cardenal hizo notar cómo Bari, ciudad que custodia las reliquias del santo obispo de Mira, y venera a la Madre de Dios bajo el título de Odighitria, es un

«lugar simbólico: presencia de Oriente en Occidente, lugar de peregrinación y meta de esperanza». El cardenal Sandri anunció que estarán presentes todos los Patriarcas de las Iglesias orientales católicas de Oriente Medio (copto, siro, maronita, caldeo, armeno), excepto el melquita que estará representado por el metropolitano de Aleppo. El purpurado subrayó, como todos saben, la atención que «tras la estela de sus predecesores», el Papa Francisco «ha reservado a Oriente desde el principio de su pontificado». Tal atención se desarrolla sobre tres dimensiones: la de Oriente ya en la plena comunión de la Iglesia católica, la de Oriente ortodoxo y ortodoxo oriental y la del diálogo interreligioso. En la región, de hecho, también «los mismos creyentes islámicos son heridos y sufren por aquellos que han usado violencia profanando el nombre de Dios, que es paz». También ellos «han sido obligados a dejar sus casas y sus tierras, junto a las minorías, no solo cristiana sino también

yazidíes en Irak». Por su parte el cardenal Koch subrayó cómo la tierra de origen del cristianismo ocupa «un lugar único en el movimiento por la unidad de los cristianos». Los promotores del ecumenismo, de hecho, están desde siempre convencidos de que «profundizando en sus raíces comunes, los cristianos pueden encontrar caminos de unidad». No es casualidad que el evento que «marcó el inicio del “diálogo de caridad” entre católicos y ortodoxos tuvo lugar en Jerusalén». La referencia es a la peregrinación que Pablo VI y el Patriarca Atenágoras hicieron juntos el 6 de enero de 1964. «En la tierra donde Cristo fundó su Iglesia y derramó su sangre por ella —añadió el presidente del dicasterio ecuménico— los dos Primados se intercambiaron el abrazo de la paz, escuchando la lectura del capítulo XVII del Evangelio de Juan y recitaron juntos la oración dominical, comprometiéndose juntos de forma irrevocable en el camino de la unidad».